

**NATIVIDAD DEL SEÑOR**  
**S. I. Catedral de Santander 25.XII.2008**

**+ Vicente Jiménez Zamora**  
**Obispo de Santander**

“*Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios*”. Con estas palabras del salmo 97 acabamos de responder a la Palabra de Dios. Ellas nos invitan esta mañana radiante de la Natividad de Jesucristo a cantar al Señor un cántico nuevo, a tocar para Él la cítara, a vitorear con clarines y al son de trompetas, a aclamar al Rey y Señor.

Es natural, queridos hermanos. En la pasada Nochebuena, las tinieblas se han vuelto claridad, las estrellas han brillado con un fulgor inusitado y, en el silencio sereno de la noche, hemos vuelto a escuchar los cánticos de los ángeles: “*Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*”.

Es natural que nos regocijemos y felicitemos, pues el Dios eterno, inmortal e invisible, que a lo largo de la Historia santa habla a su pueblo por medio de los profetas, en esta etapa culminante nos ha hablado por su Hijo, igual a Él en naturaleza y dignidad, reflejo de su gloria e impronta de su ser (Hb 1, 1-39. Él es su Verbo, origen y causa de todo lo que existe, la vida y la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 3-9).

Nos acercamos esta mañana con admiración contenida y con piedad sobrecogida al misterio del nacimiento del Señor. El Hijo eterno de Dios se ha hecho hombre verdadero, con una genealogía, con un lugar de nacimiento, con una familia (Mt 1, 1-17; Lc 2, 1-21). Dios ha asumido nuestra naturaleza, y al asumirla, ha dignificado la condición humana, restaurando al hombre caído en el paraíso y rehaciendo el proyecto inicial truncado por el pecado de Adán. El nacimiento del Señor nos hace experimentar el gozo y la realidad de una humanidad renovada y nos invita a vivir como hombres nuevos ( Ef 4, 17-24), llamados a buscar y practicar las cosas de arriba, no las de la tierra (Col 3, 1-17).

Sí, queridos hermanos: como acabamos de escuchar en el Evangelio: “*El Verbo se ha hecho carne y acampó entre nosotros*” (Jn 1, 14). Deja el cálido regazo del Padre y viene a la tierra. Emprende el duro camino de los hombres. No pasa de puntillas junto a la condición humana, la asume completamente, excepto en el pecado. No rehúsa la debilidad y la fragilidad del ser humano. Y por ello suda, siente el cansancio, la fatiga, la tristeza. Necesita comer y descansar (Jn 4, 6). Experimenta el dolor y la pobreza hasta el punto de no tener donde reclinar su cabeza (Mt 8, 20). Por amor a los hombres, muere en la cruz y resucita para nuestra justificación.

Por ello, sólo es posible vivir la Navidad si recorremos palmo a palmo el camino que Cristo siguió. Él nos trazó la senda de la libertad más amplia y genuina, que se mantiene en la humildad, la obediencia, el amor, el servicio, la solidaridad, virtudes típicas de estos días en que revivimos en la liturgia la primera venida de Aquel que se anonadó, obedeció, y voluntariamente se humilló.

En esta mañana de Navidad, las únicas actitudes posibles son la *adoración* y la *gratitud*: la adoración rendida ante el Dios que se despoja de su rango y se hace niño, y la gratitud inmensa ante la condescendencia de Dios, ante su amor inaudito, sin límites ni tasas, que hace exclamar al evangelista: “*Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo Unigénito*”.

En esta mañana luminosa de la Natividad del Señor alabamos a Dios que sale a nuestro encuentro por medio de su Verbo y, llenos de emoción, exclamamos con el profeta Isaías: “*Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que pregona la buena nueva, que pregona la victoria, que dice a Sión: Tu Dios es Rey*” (Is 52, 7).

La gratitud es la actitud espontánea que surge de la contemplación del nacimiento del Hijo de Dios. Gratitud, en primer lugar, a *Dios Padre*, de quien parte la iniciativa, fruto de su piedad y de su misericordia inagotable, como reconoce María en el Magnificat.

Nuestra gratitud debe dirigirse también a *Jesús*. En la carta a los Hebreos se nos describe la entrada de Jesús en el mundo con estas palabras: “*Aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*”. Jesús obediente por amor al Padre. Obediente hasta la muerte para reparar la desobediencia del primer hombre. Obediente por nosotros, con la obediencia del que es enteramente libre. Que en estos días agradezcamos al Señor su obediencia a la voluntad del Padre, pues ella está en el origen de nuestra salvación, de nuestra elección y de nuestra vocación cristiana.

Y nuestra gratitud debe detenerse también en el *Espíritu Santo*. La Encarnación que es obra de toda la Santísima Trinidad, se realizó “*por obra y gracia del Espíritu Santo*”. El Espíritu Santo fue la sombra fecunda que realizó el prodigio. Aquel día fue como un Pentecostés anticipado. Por ello, llenos de gratitud alabamos y glorificamos a la tercera persona de la Santísima Trinidad.

Por último, en estos días de Navidad hemos de acercarnos también con devoción y gratitud a la *Virgen María*, la “*llena de gracia*”, la esclava obediente a la Palabra de Dios. Con María la humanidad tiene una deuda permanente e impagable. Su *fiat*, su *sí*, su *hágase en mí según tu Palabra* hacen posible el inicio de la epopeya de nuestra salvación. Nosotros en esta Navidad, admiramos con emoción su grandeza y con gratitud inmensa la alabamos como *causa de nuestra alegría*.

Queridos hermanos: nosotros debemos ser testigos del gran misterio de la Navidad, debemos ser mensajeros de la buena noticia, que debemos anunciar a nuestros hermanos, como lo hicieron los ángeles con los pastores, como lo hicieron después los pastores con todos aquellos que se encontraban a su paso, al tiempo “*que daban gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído*”. Por eso la Navidad es también una llamada a la transmisión de la fe, al compromiso evangelizador y misionero.

Que esta Navidad nos haga a todos testigos del amor de Dios, testigos de la esperanza, de la alegría y de la paz. Mi felicitación sincera y cordial para todos vosotros, para vuestras familias y para todos los cristianos de nuestra Diócesis de Santander; también para aquellos que no creen ni esperan en las promesas de Dios, pero que están llamados a la gracia de la filiación y son amados por Dios. A todos deseo la gracia, la paz y la alegría que el Señor ha traído al mundo con su nacimiento.

Ahora en la Eucaristía revivimos el misterio pascual de Cristo: Él es el Emmanuel, el Dios con nosotros. Es la Pascua del Señor. Con Él nos unimos y celebramos fiesta con alegría desbordante. ¡Feliz Pascua de Navidad!. Amén.